

LUNA DE OJOS AZULES: LA PSICOLOGÍA HUMANA EN LA CREACIÓN LITERARIA.

MARÍA ALEJANDRA ZAMBRANO CANOLES

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA

CARTAGENA D. T. Y C.

2014

LUNA DE OJOS AZULES: LA PSICOLOGÍA HUMANA EN LA CREACIÓN LITERARIA.

MARÍA ALEJANDRA ZAMBRANO CANOLES

Trabajo presentado como requisito para optar por el título de Profesional en Lingüística y
Literatura de la Universidad de Cartagena.

Asesor:

RAYMUNDO GOMEZCÁSSERES VALVERDE

Filología y Letras – Universidad Nacional de Colombia.

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA

CARTAGENA D. T. Y C.

2014

AGRADECIMIENTOS

Pensé que en este trabajo no cabría el sentimentalismo pero, abro mi corazón para dar gracias a mi Dios por iluminarme y enseñarme grandes lecciones para acabar este trabajo. A mis padres que aunque no han leído esto ni lo harán (morirían de terror), siempre estuvieron para mí hasta cuando estuve insoportable. A mi querido profe Ray, porque además de mi profesor, mi tutor, mi asesor, siempre fue mi amigo y nunca me abandonó ni en mis momentos de lejanía, su sabiduría y cariño fueron lo que hicieron posible este resultado.

Gracias también, a mis amigos, a los mismos pocos amigos de siempre que me vieron sufrir y me ayudaron con esto hasta el final. A un hombre especial en mi vida, amante empedernido de las letras por afinidad y no por carrera, que siempre ha estado pendiente y orgulloso de mí y mis triunfos, que me hizo chocar contra la realidad más de una vez y me volvió a poner en el sitio correcto.

Y gracias a usted, querido lector, por elegir mi trabajo para pasar unos minutos de agonía literaria.

LUNA DE OJOS AZULES: LA PSICOLOGÍA HUMANA EN LA CREACIÓN LITERARIA.

“La belleza es ese misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica.”

Jorge Luis Borges.

“El escritor escribe su libro para explicarse a sí mismo lo que no se puede explicar.”

Gabriel García Márquez

Resumen

El presente trabajo de grado consta de una selección de cuentos cortos enmarcados en lo psicológico, y de una reflexión a modo de prólogo sobre la creación literaria. Este último, se centra en la inserción del componente psicológico en el ámbito de la escritura creativa, resaltando las condiciones más extremas en el actuar del ser humano y haciendo de estas, una exposición visceral del lado más impresionante e impredecible del hombre.

Palabras Claves: cuentos, literatura, creación literaria, psicología, ser humano, realidad.

Abstract

This work of graduation is a selection of short stories framed psychologically, and a reflection as a prologue on literary creation. This last focuses on the inclusion of the psychological component in the field of creative writing, highlighting the most extreme conditions in the act of human and making these a visceral exposure of the most impressive and unpredictable side of man.

Keywords: stories, literature, creative writing, psychology, human, reality.

TABLA DE CONTENIDO

| | |
|-----------------------------|----|
| PRÓLOGO..... | 1 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 13 |
| NARRATIVA | |
| MALDITOS OJOS AZULES..... | 16 |
| LA HORA DE LA BESTIA..... | 18 |
| SANGRE DE SU SANGRE..... | 20 |
| CARMELINA EN LA TUMBA..... | 23 |
| TODO EL AMOR PARA MAMÁ..... | 27 |
| EL PAGO DE JESÚS..... | 29 |
| NARCISISMO..... | 31 |
| PERTURBADOS..... | 35 |
| RELATO DE UN ALMA..... | 40 |
| HIJO DE TIGRE..... | 44 |

LUNA DE OJOS AZULES: LA PSICOLOGÍA HUMANA EN LA CREACIÓN LITERARIA.

Crear mundos alternos al propio, donde se despliegue todo ese conocimiento y poder imaginativo que debe tener un buen creador, decir todo lo que se quiere decir y lo que no, cuando se quiera y cuando no se quiera escribir, jugar con la infinidad de posibilidades que brindan una hoja en blanco y tinta, moldear otro universo de seres inmortalizados por manos humanas; eso es la creación literaria, que “puede ser aprehendida como una herramienta para el desarrollo personal, que nos proporciona una valedera aproximación a la realidad. Realidad compartida por otros, o bien, una realidad íntima, ligada a la posibilidad de fantasear sobre mundos paralelos.” (Moreno, 2008, p.54). Precisamente, aproximarse a la realidad o deformarla completamente es la posibilidad que nos brinda el arte de hacer literatura.

No obstante, sería fácil decir que copiar la realidad tal cual la percibimos sería una labor mucho más sencilla que crear otra realidad; sin embargo, en el contenido de este trabajo he incluido una serie de narraciones que, en su mayoría, copian ciertos elementos de la humanidad que pueden ser visibles y distinguibles sin el menor esfuerzo. Hablo de la compleja psicología humana, que desemboca en actuaciones que pueden llegar a ser incoherentes, impredecibles, sorprendentes, desatinadas, agresivas y hasta alucinantes. Ha sido mi tarea escribir un sustancioso (aunque no tan numeroso) conjunto de cuentos que expongan los más aberrantes, viscerales, sangrientos y desconcertantes comportamientos de las personas.

Ahora, sin temor a equivocarme he definido estos cuentos como relatos breves con hechos ficticios y reales que se entremezclan, con personajes de una problemática implícita, un tanto compleja que se despliega más y más en el transcurrir de la narración, teniendo casi siempre un

centro conflictivo en el que estalla el poder de la psiquis humana, revelando la dificultad de comprender enteramente el complicado actuar, pensar y decir del hombre. Aunque al leerlos resultará extraño, los pocos personajes que poseen estos cuentos llevan una relación directa entre sí porque presentan problemas existenciales muy parecidos, además de tener la misma preocupación y una similar visión de la vida. Volviéndose así, parte del universo confuso pero atrapante de la literatura psicológica.

Además, haciendo la tarea de escribir literatura, muchos se vuelven amigos o enemigos de los personajes que creamos. Otros, los consideramos tan reales y verosímiles, que llegamos a imaginarlos como personas reales, en tiempo real, viviendo problemas reales. Tanto así, que estas personas que se han de conocer más adelante sufren de trastornos psicológicos que irían desde la demencia hasta la múltiple personalidad. Al respecto, es preciso decir que son seres totalmente imaginarios con una crisis existencial severa y en conflicto constante con el mundo, otros tienden al narcisismo, a los cambios de actitud; me refiero con esto último, a un tema clínico de las tendencias de cambio de personalidades marcadas por trastornos mentales, ligadas a la psicosis, la demencia, la depresión, las alucinaciones, entre otros.

He tratado de crear personalidades distintas para todos, conservando un aire de desconcierto en las actitudes que asumen, cierta ironía siempre presente en dichas actitudes, puesto que actúan contrariamente a lo establecido como lo correcto en la sociedad. De esta última idea, quiero partir para ahondar en un tema algo más personal, que tiene que ver con la concepción y la exteriorización de las visiones individuales y la opinión de la gente que rodea al escritor, cuando aborda asuntos que despiertan opiniones y emociones encontradas, variables y tan diversas en los lectores.

Sobre esto, es preciso decir que para cualquier escritor, escribir significa algo distinto; es de suponer que para algunos será un hábito de relajación, para otros de desahogo, de autotortura o de tormento. En este caso, como cualquier principiante, en este mundo de la creación literaria, ha sido difícil exponer las razones por las cuales trato de escribir literatura, pero puedo afirmar que ver y vivir tantas situaciones irónicas y anormales que no dejan de suceder a mi alrededor, me hacen sentir la necesidad de explicármelo y tratar de ilustrarlo de alguna manera para no quedarme en la impotencia que se vive al no poder hacer nada frente a casos violentos, injustos y desconcertantes.

Ahora bien, intento hacer un trabajo de escritura creativa donde se trate de construir un mundo diferente al real, donde las personas ficticias de algunos cuentos no sean del todo culpables de sus “delitos” en la vida, sino que puedan esconder su culpabilidad tras problemas que se salen de la delgada línea del autocontrol.

Por lo anterior, es muy acertado aludir a la idea de que “La obra literaria es recibida por personas de épocas y lugares no necesariamente previstos por el autor, por lo que el contexto puede variar muy seriamente.” (González-Serna, 2010, p.52) Puesto que, al toparse con crueldad extrema, violencia, sangre, locura desbordante, el lector no familiarizado con el ámbito literario que abre mentes y posibilita el entendimiento o la aceptación de tantos aspectos, suele impresionarse y tener una respuesta negativa o simplemente, hacerse a la idea de que el autor es idéntico o muy parecido a lo que escribe. Y, ciertamente esto no es comprobable ni mucho menos asegurable, la identificación con un tema de este tipo está descrita en este trabajo porque las Ciencias Humanas se atraen, una con la otra. Literatura, lingüística y ahora, psicología, se

complementan correctamente y logran corresponderse para armar originales métodos y estilos de escritura.

Por ello, hablando íntimamente, adopté en algún momento de inseguridad el temor de hacer público cualquier escrito por miedo al rechazo, a una mala impresión o hasta, a una burla. Sin embargo, una larga lista de escritores tiene el maravilloso poder de asquear, repugnar y asustar de la manera más exquisita al buen lector; pensaba en Sade y en Poe y en lo pequeña que sería esta mujer escribiendo al lado de esos grandes maestros clásicos. Y es que, aunque el escritor lo niegue o no crea que lo tiene en cuenta, el posible lector, o, los posibles tipos de lectores son un factor que va determinando la escritura.

Pero, por otro lado, escribir puede ser también liberación; después de leer a Sábato o a Borges, es fácil darse cuenta de que no hay que limitarse a escribir sólo lo que los demás puedan llegar a aceptar. Y es que se debe mostrar y crear lo que se desee; tal como se ve en la transparencia de los sentimientos y la locura de los actos de Juan Pablo Castel, o en la construcción casi perfecta de otro mundo posible en “*Tlön Uqbar Orbius Tertius*”.

Pues, como dice Benjamin Harshaw (1997)

“Una obra literaria construye su propia «realidad» al tiempo que la describe simultáneamente. La naturaleza problemática de diversos «existentes» en dicha «realidad» está estrechamente relacionada con las fuentes contradictorias de los «informadores» y de la información relativa a la misma, las indefiniciones y las lagunas de la presentación y el aspecto cambiante del lenguaje en contextos escurridizos”.

La realidad de una narración no se construye sola, es un entramado de relaciones, referencias, caracterizaciones, además hay que tener en cuenta, si se quiere, al posible lector, igualmente, descartar la idea de que el escrito debe ir para un público específico, y crear literatura más que todo, por el placer de hacerlo; todo tiene que ver con el ideal del escritor. De igual forma, el lenguaje que ha de utilizarse para crear, definir un estilo, ambientar una atmósfera que suscite la realidad o la destruye; porque el uso adecuado de las palabras influye en el lector, le da fuerza o debilitan un buen tema, un buen texto. Todo esto, no es sólo un trabajo literario sino también lingüístico, pragmático, semántico y en este caso, también psicológico.

Entonces, hasta este punto podría decir que escribo porque tengo un conflicto con la humanidad, confusiones que puedo trasladar a otro mundo, en donde me pertenecen y puedo controlarlas, un mundo irónico lleno de espejismos que pueden desaparecer o hacerse muy reales si lo deseo. Y es que, aunque no suceda siempre, comparto con algunos autores los problemas existenciales de los seres que nacen de la tinta y la memoria colectiva que desarrollamos a partir de la experiencias como empedernidos lectores que nos ha llevado a trasladar dicha memoria y plasmarla en la tinta para alternar la realidad con la ficción y desenmarañar ese tejido de ideas que circundan nuestras mentes inquietas y deseosas de saber. “Toda creación literaria implica necesariamente la plasmación más o menos libre de una realidad humana y material, que no es — salvo en contadas excepciones— servil reproducción de una realidad existente.” (SPANG, 1984, p.153)

Esto último, engloba casi de forma perfecta lo que se he venido exponiendo hasta este momento. Kurt Spang, afirma que la literatura necesita de libertad en algún aspecto para desarrollarse plenamente, y que para crear el contexto dentro del texto, existe la misma libertad para jugar a ser dios por un instante y crear el mundo que el “yo literario” decida.

El eje de este trabajo es el cuento de extensión corta, dado que me ha parecido el lugar adecuado para plasmar la realidad posible o no posible que se da a nivel psicológico en las personas. No se necesita llenar infinidad de líneas para maravillar al lector con la ficción mezclada con la veracidad. De hecho, para estos temas y la finalidad que busco, que es ahondar en la psiquis humana, una extensión relativamente corta es lo ideal, puesto que la sorpresa, la ironía, lo visceral y lo explícito de estos cuentos, se encuentra marcado por la reducción de las explicaciones. El “factor sorpresa”, lo sarcástico y burlesco está en dejar al lector la posibilidad de que él mismo determine qué sucede, se trate de explicar lo que acontece y le busque siempre el porqué a un final abierto, a una idea “inconclusa” o a la terminación inesperada de cualquier historia.

Es claro que, el ejercicio de la escritura creativa brinda muchísimas posibilidades a un joven escritor cuando inicia su proceso de creación. Sin embargo, un ejercicio de escritura no estará jamás bien logrado, si el nivel de lectura que se ha desarrollado con el pasar de los años no ha sido suficiente; Jorge Luis Borges: “Uno no es por lo que ha escrito, sino por lo que ha leído”. Muy trillada y desgastada la idea, pero un escritor no se hace de otra forma sino leyendo, “devorando libros”, amando la lectura, explorando sus gustos y desarrollando una actitud receptiva y crítica frente a lo literario. Y, volviendo a la parte íntima personal, he de recordar en esta parte, la temprana edad a la que descubrí que la lectura te hace mejor, te hace sabio, te hace crecer y te lleva, deseándolo, a querer escribir y si se lee con pasión, se logra. Mientras las niñas se peleaban por unas muñeca, pocas nos turnábamos los libros; luego, acababa esos libros viejos y en cualquier lugar tomaba prestados con gran afán los coloridos libros de cuentos del bosque, que con el pasar de los años se fueron transformando en Macondo, cronopios, laberintos, calabozos, metrópolis, espejos, y otros elementos que formaron ese molde vacío que ahora es el

arquetipo de un escritor, el proceso de crecimiento de un lector, el sueño de un viajero, el vuelo de un prisionero, el escape del cautivo y la respuesta del dudoso.

En otro aspecto, por el intimismo que desarrollamos cada vez más y más con las creaciones, el tejido de distintos ámbitos que cruzamos para construir ese todo que se reúne después de unir los elementos necesarios para hacerlo consistente y creíble “...La obra literaria permite un entrecruzamiento de discursos no sólo literarios y lingüísticos, sino también médicos, morales, legales y sociales, que iluminan algunas lagunas de la psicología clínica más objetiva.” (Méndez, 2003, p. 66). Es por lo anterior, que la idea de unir la psicología con la literatura jamás ha sido descabellada; la literatura es uno de esos pocos campos que permite la entrada a él de todas las demás áreas en el haber del hombre. Los aspectos sociales, culturales, económicos, políticos, médicos, y en este caso, psicológicos, logran encajar perfectamente en un texto literario si se trabaja correctamente.

De hecho, la cita anterior demuestra que el usar la psicología en literatura no es sólo usar el lenguaje para contar una historia sobre el comportamiento humano, sino que abre la posibilidad a que la propia psicología como ciencia humana, se vea desafiada por una visión muy subjetiva, fantasiosa, abierta, novedosa y cuestionadora, a tal punto que pueda precisamente, cuestionar un ideal inquebrantable objetivo de la psicología, transformarlo y adecuarlo al contexto literario.

“Reconocer al ser literario de la psicología y estimarlo como fundamental, ata a esta disciplina a su condición de práctica humana, sostenida no por poseer un conocimiento, sino por ensayar en la escritura una descripción de la realidad a la que se aboca, y de vez en vez lograr su objetivo: que quien lea, sea participe de la realidad por la fuerza y presencia de estas obras durante su lectura.” (Morales, 2005, p.4)

Tanto la literatura, como la psicología están obligadas a ser humanas, es casi imposible; tal vez imposible, desligar la condición del hombre como ser, de estos dos campos de estudio. Por esta razón, también hay cierta hermandad y necesidad de la una con la otra cuando son ligeramente o profundamente mezcladas; la unión de ambas en un escrito literario arroja generalmente, un resultado fantástico, porque usar la magnificencia de la imaginación para tratar el pensamiento, el actuar; y el vivir en general del hombre no puede ser más que una puerta abierta a grandes ideas innovadoras, cuestionamientos acertados y explicaciones fantasiosas que puedan llegar a ser reales.

Nuevamente, traigo a colación el término “literaturizar la psicología”, como el mejor nombre que se le puede dar a romper las barreras de una con la otra. No será un trabajo nuevo, una idea que se me acabe de ocurrir; pero sí, a partir de esto que ha sido muy bien desarrollado antes por otros, se puede crear un estilo propio que abra más posibilidades creativas. Podría creerse que escribir sobre psicología del ser humano en literatura es un ámbito pequeño, pero tal vez no me equivoco al decir que ni la propia psicología, la filosofía y hasta la biología, han logrado llegar al fin último del estudio de la humanidad; entonces, ¿por qué no puede haber un espacio para la literatura en todo esto? Si a través de esta es que lo imposible se vuelve posible, que tenemos posibilidad de soñar sin cerrar los ojos, de aprender sin imposición de reglas, de resolver problemas por medio del ingenio, de desahogar frustraciones, de retar el tiempo y doblarlo, desdoblarlo y volverlo a doblar a nuestra manera.

Sobre el mismo aspecto, podemos decir que ya que en la creación literaria se decide si la realidad que se crea es imitativa o ficcional, la propia realidad humana no deja de ser un tema bastante estrecho; y aún esto se da sin desligarse de la psicología. Los que estamos en el ejercicio de escribir literatura usamos el entorno real para copiarlo o transformarlo, basándonos en todos

los aspectos humanos posibles, desde la cultura, la raza, las costumbres, las ideologías, hasta la forma de vestir de un grupo, en particular. “Una de las labores implícitas del escritor en su contexto es mantener viva la memoria de un entorno, trabajar con los imaginarios, ideologías o hechos concretos de una comunidad o comunidades, y utilizarlos como herramientas para moldear la historia o contenidos en su obra.” (ACOSTA, 2012, p. 187). Es así, como además de crear mundos posibles, el escritor puede hacerse dueño de una realidad específica y preservarla, modificarla, deshacerla, copiarla, deformarla; pero siempre teniendo en cuenta que hay una base sobre la que están todas estas ideas que va creando el escritor: el comportamiento humano. En este caso, definido por la psicología y los problemas y trastornos que el ser humano puede desarrollar y adquirir en su entorno natural, inducidos por él mismo o por la sociedad que lo rodea.

Ciertamente, la complejidad de la psicología humana trasciende las fronteras de la imaginación y de la propia ciencia, el hombre es un ser impredecible, vulnerable, cambiante e instintivo. Todo esto, abre la posibilidad al escritor que se interese por ello, dé cuenta de su percepción sobre la vida misma y los comportamientos de la gente frente a cualquier situación que esta le presente. Además “las obras literarias serían una forma de expresión de los grupos sociales, de sus problemas, sus esperanzas y sus ilusiones.” (Ovejero, 2008, p.228). Sin lugar a dudas, lo anterior es una gran verdad, ya hemos venido diciendo que la literatura permite expresar lo que siente, desea, necesita, problematiza y resuelve el hombre.

A través de mis cuentos, he formado la idea de ver lo que puede llegar a ser o hacer el hombre frente a situaciones pavorosas, terroríficas, alucinantes, espectrales, demenciales; en resumidas cuentas, cada ser humano tiene una respuesta distinta para cualquier eventualidad en su diario

vivir, y cualquier situación extraordinaria que afronte. De esta manera, he intentado plasmar de forma sencilla pero contundente que la psicología del hombre es maravillosa, y también puede llegar a ser terrorífica. Creo que trabajando lo visceral, monstruoso y hasta sangriento, doy ese toque personal y de estilo propio que cada quien va desarrollando con el paso del tiempo, en su crecimiento como escritor.

Desde otro ángulo, debo mencionar ciertas características específicas que contienen los ejercicios de escritura que conforman este trabajo. Primordialmente, por ser cuentos, lo más importante es el aspecto narrativo. Ellos poseen una narración sencilla, corta y bastante descriptiva, con el sentimiento, el sufrimiento, el dolor, la desesperación, la repugnancia y otras tantas respuestas psíquicas del ser humano, fácilmente identificables y susceptibles de sentir a medida que se avanza en ellos. Igualmente, la crueldad es algo que no puede faltar, dado que estamos acercándonos a la problemática del ser humano consistente en sus respuestas psicoactivas frente al desarrollo de una enfermedad mental, una alucinación, un evento extraordinario o un simple problema del común. No faltan, la ironía y el humor negro en este contexto; y, como sucede en muchos escritores principiantes, al trabajar el aspecto violento o psicótico del hombre, se tiende a exagerar y volver truculenta la historia, haciéndose insoportable la lectura. Es una respuesta muy común, si hemos leído antes a autores que aborden alguno de estos motivos.

Solía creer que entre más sangre y más violencia hubiera, mejor quedaría el cuento, pero luego, se volvía insoportable para cualquier lector y hasta para mí releerlo, al punto de desecharlo sin saber que allí podría haber un buen material. Pero, esto hace parte del crecimiento en el ejercicio de la escritura creativa, se incurre y se sigue cayendo en los mismos errores hasta que se

van perfeccionando y el resultado es el correcto manejo de los elementos que conforman un cuento psicológico.

Ahora, después de caer en la exageración voluminosa de lo grotesco, suele venir otro tipo de error, y es el de la extrema censura. En este aparte citaré al maestro y escritor italiano, Gianni Rodari (1976, p.30), que aunque especialista en literatura para niños, expone un aparte sobre esto que se relaciona muy bien con todos los aspectos que hemos visto hasta ahora:

“Con la intervención de la censura se puede decir que la historia ha sido «manipulada por todas partes»: el inicio consciente con sus conflictos, las experiencias, la memoria, la ideología y la palabra con todas sus funciones. Una lectura puramente psicológica, o psicoanalítica, no hubiera bastado para sacar todas las conclusiones como he intentado hacer, aunque brevemente.”

Frente a esto, puedo afirmar que al censurarnos en un alto grado, suprimimos elementos valiosos de la escritura de la psicología en literatura. Pero, lo cierto es que existen límites y para no volver problemático el asunto de la descripción detallada de los actos más bajos, viles y crueles de la humanidad, un ajuste en la manera de contarlos siempre será un buen recurso. De igual forma, ya que mencionamos el componente psicológico o psicoanalítico, como él lo llama, y aunque se le reste importancia y trascendencia, no deja de ser el factor primario para lograr el ensamblaje perfecto entre imaginación y realidad.

Por último, preciso en hablar sobre otros recursos que hacen parte de este intento por hacer una perfecta conexión entre lo literario y lo psicológico. En primer lugar, lo esotérico y lo religioso, que se verá de una forma un tanto inocente o hasta ingenua, pues estos dos factores, el primero tomado desde lo paranormal y el segundo desde lo ideológico, combinan en buena parte con la finalidad última que se quiere; dado que, el hombre en general, considera estos dos

ámbitos como algo sagrado, prohibido, poco creíble y hasta, temible, y al tener un encuentro con ellos desde cualquier dimensión que se considere pertinente, es de fácil suposición que la respuesta psicoactiva será de gran trascendencia. Imaginemos, que vamos por una calle cualquiera acompañados por nuestra pareja a altas horas de la noche y ocurre una aparición. Es obvio que nuestra psiquis tendrá una respuesta sorprendente frente a esto, desde el pánico hasta la violencia, o el llanto, o un posible desmayo.

No obstante, lo religioso, aunque menos frecuente aquí, es un aspecto de gran importancia, aún más si la persona que escribe es escéptica y dudosa, pero idealista. Los distintos cultos, las creencias y adoraciones, hacen susceptible al hombre de profusos cambios y comportamientos particulares. Aquí, me refiero a lo que llamo “fanatismo religioso”, término que uso para definir aquellos trastornos que se derivan de la extrema adoración y la obsesión por un culto. Así que “El fanatismo es de todos los tiempos y se deriva de cualquier idea o doctrina. El fanático ha de ser ingenuo, con razonamientos suficientes para justificar la defensa de su creencia por medio de la agresión;” (Menéndez, 2003, p.3). Y al final, ¿qué termina siendo esto? Otra respuesta a la complejidad psicológica del ser humano ante su medio, en este caso, religiosa. Por ello, es un buen ejemplo para justificar las referencias hacia este tema; sin discriminar ninguna religión en particular, sino mostrando el posible daño psicológico o la mala respuesta subjetiva de cualquier persona con una delicada estabilidad emocional.

Y finalmente, me dirijo a usted, apreciado lector. Esperando que LA LUNA DE OJOS AZULES lo cautive con sus posibles encantos contradictorios, sólo usted tiene el derecho y la libertad de opinar y saber si esto que está a punto de leer será de su agrado o por el contrario, despertará su odio y repudio. Bienvenido a este intento por conseguir una “hermandad” ficcional entre la psicología, la imaginación y la realidad, en el contexto literario.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, C. (2012) La creación literaria: una simbiosis trazada por posibilidades y sombras. Cartagena: Visitas al patio No. 6 - 2012, ISSN 2248-485X, pp. 181-196

BIOY, A. (1965). “Prólogo a la Antología de la literatura fantástica”. Revisado en: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/bioy2.htm>.

CASAS DE PEREDA, M. En el camino de la simbolización, producción del sujeto psíquico I. Paidós, Buenos Aires: Paidós. 353 pp. Silvia Cantis. Revista Uruguaya de Psicoanálisis 2004.

GONZÁLEZ, J. L. (ed.). (1968). El oficio del escritor (José González, trad.). México, D.F.: Ediciones Era, S.A. de C.V. (Obra original publicada en 1959).

GONZÁLEZ-SERNA, J. (2010). Las variedades temáticas del texto. Sevilla: Publicaciones de Aula de Letras. (49-55) Recuperado de: <http://www.auladeletras.net/material/litera.PDF>

GUTIÉRREZ, A. (2008). “Creación en narrativa, otra cara en investigación literaria”, Visitas al Patio. Revista del Programa de Lingüística y Literatura, vol. I, n° 1, Cartagena, Universidad de Cartagena, pp. 75-87.

ISER, W., ROZUELO, M., DOLOEZEL, LUBOMIR. Y otros. (1997) Teorías de la ficción literaria. Madrid: Arco Libros.

MÁRQUEZ C., G. (2010). Grandes entrevistas de común presencia. Bogotá: Común Presencia editores. (pp.231)

MÉNDEZ GARCÍA, C. (2003) Retórica de la esquizofrenia en los epígonos del Modernismo. Recuperado de: <http://biblioteca.ucm.es/tesis/fl/ucm-t26684.pdf>

MENÉNDEZ, A. (2003). Fanatismo y Misticismo. Biblioteca Virtual Universal.

MORENO, L. (2008). Catarsis y desarrollo personal para mujeres a través de la Creación Literaria. Arte y Literatura. Chile: Karibay: Arte y Literatura. (54-56)

MORALES, J. (2005). El ser literario de la psicología. *Athenea digital*, 9 Recuperado de: <http://antalya.uab.es/athenea/num9/Morales.pdf>

OVEJERO, A. Algunas reflexiones sobre la relación entre la Psicología Social y la Literatura. *Athenea Digital* - núm. 13: 225-236 (primavera 2008) -MATERIALES- ISSN: 1578-8946.

RODARI, G. (1976). Gramática de la fantasía. Introducción al arte de inventar historias. Barcelona: Editorial Avance. ISBN: 84-85668-03-0

SÁNCHEZ, L. Metáfora, cognición y competencia literaria. Facultad de Ciencias de la Educación

Universidad de Córdoba (33-53). Recuperado de:

http://digibug.ugr.es/bitstream/10481/23934/1/364_32.pdf

SPANG, K. (1984). Mímesis, ficción y verosimilitud en la creación literaria. Anuario filosófico XVIII. (153-159). Recuperado de:

[http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/2205/1/09.%20KURT%20SPANG,%20M%C3%A
Dmesis,%20ficci%C3%B3n%20y%20verosimilitud%20en%20la%20creaci%C3%B3n%20literar
ia.pdf](http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/2205/1/09.%20KURT%20SPANG,%20M%C3%A9mesis,%20ficci%C3%B3n%20y%20verosimilitud%20en%20la%20creaci%C3%B3n%20literaria.pdf)

MALDITOS OJOS AZULES

La tarde en que Alicia y su amor pasaron por “La vitrina”, ella se enamoró de un oso de peluche que vio en el enorme aparador que daba a la calle; era un pequeño osito color café encerrado en una caja de cristal, con la nariz rosada y los ojos más azules que aquellos que ella tanto amaba. Miró a su compañero y le dijo: -Mi amor, ¿Me compras ese oso? -Lo siento mi reina pero no tenemos dinero ahora- La besó con mucha ternura y la abrazó para consolarla al verla tan triste por su negativa.

Después de eso, regresaron a la miserable casa que él le había comprado a su reina. Apenas entraron la tomó con delicadeza por la cintura, la llevó al cuarto con mucha dulzura en medio de besos suaves, la recostó y la amó un largo rato.

Los días siguientes, cuando caminaban para llegar al miserable trabajo donde él era el chofer y ella una de las sirvientas, Alicia veía el juguete y le pedía desesperadamente que se lo comprara porque tenía una necesidad más fuerte que ella de liberarlo de esa horrible caja donde vivía. Al quinto día él le respondió: -¡Qué no Alicia, déjate de tonterías! Al único muñeco que debes amar es a mí. Pasaron diez días y ese día él respondió: -Mi reina, tú no necesitas ese oso, yo te doy cualquier cosa que desees.

Al día siguiente, respondió: -Déjame en paz, maldita perra. No te lo voy a comprar. Y otro día: -Mi reina, no te lo compro porque no quiero que sigas siendo tan caprichosa. A los quince días, él no dijo nada, su cara no tuvo ninguna reacción, ni siquiera la miró. Al llegar a la casa tomó a Alicia por su negra y larga cabellera y la lanzó repetidamente contra una de las paredes blancas y agrietadas que quedó dibujada con hermosas flores rojas. La levantó del piso, con el

puño cerrado golpeó su bello y frágil rostro mientras ella gritaba adolorida. Él no había pronunciado una sola palabra; siguió golpeándola hasta que le dolieron las manos y los pies.

Alicia durmió a fuerzas en el piso un largo rato y al despertarse, lo miró sentado en el desgastado sofá concentrado en una telenovela como si estuviera sufriendo los problemas de los protagonistas enamorados. Todavía escupiendo sangre le dijo: -Yo sólo quería ese oso para nuestro bebé- Dijo esto con una mezcla de rencor y odio que sólo duraría el tiempo que sus heridas tardarían en sanar. Al escucharla, él corrió al cuarto y al regresar le puso en las manos un rollo muy grueso de billetes que ella miró con extrañeza y le dijo: -Mi vida, esto es mucho dinero para comprar un simple muñeco. Él le besó la frente rota diciéndole: -Mi reina, yo no quiero que compres nada, quiero que mates al muñeco.

Alicia se cambió de ropa, se limpió la sangre pero aún le seguía saliendo de más de un lugar, salió a la calle y regresó con el pequeño oso. Él no dijo nada, le lanzó un beso al aire cuando la vio llegar y la miró con cinismo. Ella se tomó el jugo que le había dejado en la mesa, se sintió cansada y se durmió.

En la mañana, Alicia abrió los ojos y no veía nada, sólo sentía un fuerte dolor en todo su cuerpo; pensó que habían sido los ataques del día anterior. Recuperó la vista poco a poco y vio que tenía cristales rotos encima de la sábana que la cubría, a su lado estaba el oso acuchillado desde la frente hasta el lugar donde el fabricante lo mutiló; el relleno del oso estaba coloreado con un tinte rojo que Alicia pronto descubriría de dónde había salido.

LA HORA DE LA BESTIA

Caminaban de la mano por las calles oscuras de un pueblo más embrujado que Salem, era la madrugada de un sábado triste que sólo ellos habían podido disfrutar. Del mediocre motel hasta la casa de ella les esperaban cinco negras calles, las primeras tres fueron un mar de ruidos nocturnos que los espantaban y los hacían aligerar el paso. Nada extraño hasta ese momento.

Al fin, la intersección de la izquierda y las últimas dos calles para dejarla con los suegros. Mermaron el paso y apretaron sus manos; en el tenebroso callejón sólo había sombras y diminutas luces que salían de algunas ventanas. Ese callejón era un mundo aparte del suyo. Sabían que si no lograban salir serían comida para ratas rabiosas o *eso* los convertiría en otro ruido lastimero.

Diez segundos de observación y entraron. Cinco pasos y el ruido acabó. Sólo se sentía el silencio que siempre advierte un desenlace fatal y sangriento; ella lloraba por su ojo derecho y él lloraba hacia adentro para no asustarla más. Caminaban muy rápido tratando de esconderse entre las sombras para que *eso* no los percibiera.

De pronto, ahí estaba la casa que no debían mirar. Que debían pasar sigilosa pero rápidamente. Sin soltarse y sin necesidad de decirse nada empezaron a correr, él pensando en quién había sido tan estúpido para poner el cementerio en la intersección de la derecha y sólo dejar libre la izquierda. Mientras tanto, ella pensaba en que no quería morir, en que era estúpido que alguien quisiera matarlos; en realidad, nadie podía ser más estúpido que un par de ignorantes que

debieron regresar antes de la hora del diablo, ya eran las tres de la madrugada, se habían retrasado más de dos horas.

Siguieron corriendo, pero era demasiado tarde, *eso* ya había planeado todo; corrían y corrían pero no avanzaban, el suelo temblaba y les costaba no gritar, si lo hacían se llevarían sus voces. Se miraban arrepentidos de no haber frenado sus deseos, despidiéndose con una mirada de amor tierno. La adrenalina subía y detenerse no era una opción, llovía en sus cabezas y la ropa se les desgarraba en el aire espeso y contaminado. Volaron piedras que hirieron sus cuerpos semidesnudos y frágiles.

Ella se sintió desfallecer cuando una piedra le rompió la frente, él aprovechó su inconsciencia y desplegó sus alas para salvarla, si lo hubiese hecho antes jamás lo hubiese perdonado. Las plumas se soltaban y sufría, pero nunca la soltaría; si lograba llegar muy alto la salvaría. Sentía el aliento pútrido en la nuca y el ácido de la saliva le quemaba la espalda.

La amaba y pudo ponerla a salvo, subió hasta donde sabía que *eso* no los alcanzaría, escuchó los bramidos, miró hacia abajo y vio aquella belleza sin dueño, hechizada e inmortal; sintió deseos de poseerla pero miró a su amada todavía inconsciente y empezó a descender, buscó la seguridad del suelo para recuperar fuerzas. La tranquilidad de la salvación había invadido su ser, la depositó en medio de una calle oscura y se recostó junto a ella. De pronto, una luz brillante iluminó sus cuerpos...

Las plumas volaron por los aires, coloreadas de un rojo tan fuerte como su amor.

SANGRE DE SU SANGRE

Una sola contracción, algo entre sus piernas, su marido haciendo de partero, un solo empujón y una masa viscosa, amarilla y maloliente salió de su interior. Recubierta con la extraña masa estaba la criatura, el hombre asustado y con mucho asco, rompió la bolsa fétida que la envolvía; las tijeras no fueron necesarias, no había cordón que la uniera a su madre, esta todavía daba gritos terroríficos, sentía que la habían vaciado, le dolía tanto que perdió la conciencia un rato.

Un pequeño cuerpo. Consternado y admirado, el hombre no podía creer que aquella perfección hubiese salido del vientre de su mujer, aún menos podía creer que una niña tan perfecta pudiera ser hija de una simple pareja que no sobrepasaba los límites de lo común. En el colchón, entre las sábanas floreadas, se movía una pequeña niña de tez morena, ojos grandes e inquietos, una boca pequeña entre cuyos labios asomaban un par de caninos más grandes que los de él. Pensó- ¿Cómo puede tener dientes una criatura recién nacida?-. Sus rasgos eran perfectos, era como apreciar toda la belleza del universo reunida en un solo cuerpo.

La mujer empezó a recuperar la conciencia, abrió los ojos poco a poco y vio la expresión de horror que había en el rostro de su marido; éste pensó en una posible infidelidad. Ella le pidió que le acercara a su bebé, con rabia y repugnancia tomó a la niña entre sus manos. Mucha más sorpresa sintió cuando tocó su espalda, la volteó y vio las pequeñas plumas que sobresalían, parecían ser un intento de alas; en ese momento supo que esa niña no podía ser hija de ninguno de los dos.

Confundida, todavía mareada por el desmayo, tomó con mucha ilusión a su bebé pero no vio en ella lo que pensaba encontrar, sino el mismo engendro raro y atemorizante que veía su esposo, esa pequeña criatura no podía ser humana; examinó las plumas de su espalda. Cuando trató de arrancarle una, la criatura lloró por primera vez. Fue un llanto estridente, extremadamente ruidoso, que los paralizó y los llevó al principio de su perdición.

El llanto no se detenía, la niña lloró durante horas enteras y ellos no sabían qué hacer, el miedo se acrecentaba con los minutos que pasaban pero también la frustración de no poder callarla. En un momento ella se detuvo a pensar y le dijo al marido: -Tal vez tiene hambre, ¿Y si le doy pecho?-. El hombre vio el par de dientes blancos y puntiagudos que salían de la pequeña boca. Negó con la cabeza pero la mirada de la recién nacida sobre su rostro no le permitió decir nada.

La mujer, aún adolorida, se dispuso a darle de comer, sacó uno de sus pequeños senos y lo acercó a su boca; los pensamientos de su marido estaban en lo correcto, clavó sus dientes en el pezón y empezó a succionar. Lanzó un grito de dolor pero no pudo arrancársela, había algo que la detenía; el marido trató de acercarse rápidamente para quitarle ese monstruo de encima, pero una expresión endemoniada paralizó su cuerpo, sus pensamientos se hicieron sombras y no pudo más que seguir mirando el principio del fin de la mujer que tanto amaba.

La criatura seguía aferrada al seno. Se alimentaba de prisa mientras su víctima lloraba. Tras varias horas, seguía fija en el pecho. El marido veía cómo con el transcurrir del tiempo crecían las plumas. La expresión de la niña se avivaba y el movimiento de su cuerpo se hacía menos torpe. Fue entonces, cuando descubrió que lo que escurría de aquella boca no era leche. El pecho se había vaciado y estaba absorbiendo su sangre y su vida.

Amaneció. Ya no había cuerpo con una niña en el pecho, se había convertido en una cosa vacía, esquelética y sin vida. La criatura ya no podía encontrar nada allí. Entonces la tomó entre sus brazos y la acomodó en su hombro. Había aumentado de tamaño y lo que había en su espalda eran un par de alas de cuervo, negras y brillantes. Clavó sus colmillos en el cuello, con la misma ansiedad con que antes había atacado el seno de la difunta. Él sintió el dolor pero sólo pudo acomodarse en la cama junto al cadáver mientras el monstruo se alimentaba.

Para cuando llegó la noche, el hombre había corrido la misma suerte de su mujer. Todos sus jugos vitales le habían sido extraídos. La niña, más grande ahora, soltó el cuello del hombre, se dejó caer sobre el colchón y comenzó a llorar más fuerte que antes. En la casa de al lado se oyeron los gritos. Una pareja que vivía allí con sus numerosos hijos, fue a ver qué sucedía. Forzaron la puerta. Llegaron a una habitación donde encontraron a una pequeña niña recién nacida, extremadamente pequeña, como prematura; nadie la acompañaba. Era un bebé normal. El cordón umbilical todavía le colgaba. Ambos pensaron que probablemente los vecinos habían abandonado a su hija, sintieron pena por la bebita y la llevaron consigo a casa.

CARMELINA EN LA TUMBA

Cuando vio al primer gusano asomarse por un pequeño agujero entre los dedos de su mano izquierda, aceptó que algo malo le sucedía.

Meses atrás, conoció a la mujer que amaría por siempre: Carmelina, una esbelta morena de pelo negro y cuerpo perfecto; él, un hombre común y corriente sin más gracia para una mujer que los bultos que se notaban en sus bolsillos. Pero, extrañamente ella no se fijó en eso; apenas lo vio entrar al bar que frecuentaba cada noche, supo que su exhaustiva búsqueda había terminado, vio en los ojos de aquel hombre, que llegaría a adorarla más que a todo el dinero que poseía.

Cuando él notó la mirada de aquella mujer extremadamente bella, sintió un escalofrío excitante que lo dejó irremediablemente prendado de ella. Poseía algo irreal que lo llevaba a un clímax inexplicable con solo mirarla; ella no sentía lo mismo pero sabía que él era el indicado y que llegaría a amarlo. Se acercó suavemente al banquillo del rincón donde se encontraba el millonario desabrido que le robaría el corazón muy pronto.

- Mucho gusto, elegante caballero; Carmelina Pasquale, la mujer a la que acaba de enamorar con su divina presencia.

Como un niño frente un caramelo, el caballero quedó boquiabierto ante aquellos labios sensuales que se dirigían precisamente a él.

- Mucho gusto señorita, Rodrigo Fuentes Torres, para lo que necesite.

Ella no se sorprendió. Sabía perfectamente quién era, lo había escogido. Se sentó a su lado y le preguntó acerca de todo lo que ya conocía: que era un empresario, hijo único y heredero de todos los bienes y negocios de sus difuntos padres; que tenía treinta y cuatro años y no compartía su vida con nadie.

Todo lo que tenía que suceder, sucedió; era inevitable que después de pasar esa noche juntos, quedaran unidos. Pasaron días y semanas, todo era maravilloso; vivían el idilio de un amor apasionado y sincero. Él dejó de interesarse en muchas cosas, dedicaba todo el tiempo que podía a adorar a su diosa humana, ella lo enamoraba más y más con sus encantos físicos y sus atenciones desmedidas; era la mujer perfecta.

Habían pasado poco más de cuatro meses, cuando algo inesperado sucedió; Carmelina enfermó repentinamente y la enfermedad desconocida comenzó a consumir su cuerpo y su alma, y de paso se llevaba también la vida de Rodrigo. En cuestión de días, no tuvo fuerzas para volver a levantarse de la cama. No lo haría nunca más. Pero, él tenía firmes esperanzas, confiaba en su dinero, creía que con su poder podría comprar la supervivencia de su mujer. Comenzó a gastarlo incontrolablemente tratando de recuperar la salud de Carmelina. Era desesperante no saber qué sucedía. Había dejado de hablar desde que enfermó, no dormía, no hacía gestos, parecía un muerto viviente que vomitaba sin control y expulsaba sangre por todos lados.

Poco tiempo pasó antes de que Rodrigo aceptara que la perdería, su cuerpo era una piltrafa, su rostro se había arrugado y consumido, pero su amor seguía creciendo. Carmelina agonizaba a cada segundo, pensaba que ya había llegado la hora que más temía; no podía emitir ningún sonido sin sentir un inmenso dolor pero trató con todas sus fuerzas y cuando sintió que era el

final, empezó a articular palabras temblorosas, dirigidas al hombre que velaba día y noche por ella y que no se separó de su lado ni un segundo desde que el mal había aparecido.

Esa noche, en medio del dolor más espantoso que cualquier ser humano podría sentir, Carmelina miró a los ojos a su amado y le dijo:

- Perdóname amor mío, no debí hacerlo. Eeeestoy maldita, condenada aaaa morir en vida; lo que sentiré cuuuuuando muera será aún peor, mientras me pudra, tendré conciencia y sufriré laaaaaa descomposición. La única forma de evitarlo eeeeeera consiguiendo a un hombre que meeeeeee amara lo suficiiiiiciente como para jurar estar dispuesto a sufrir poooooor mí y dejarme morir en paz. Júrame que lo harás, júrameeeee que me ayudarás a morir tranquila... ¡Ju ju júralo!

Rodrigo la miró desconcertado, pero pensó que era el delirio de la agonía y conmovido por la desesperación con que le pedía que sufriera por ella, le contestó:

- Está bien mi amor, haré lo que sea por ti. Te lo prometo.

Dicho esto, ella exhaló un suspiro de alivio, lo miró con sincero agradecimiento y amor y aparentemente murió. Rodrigo gritó y lloro desconsolado durante varios días. No había consuelo para su dolor. Dejó de comer, dormir, bañarse, trabajar... Lo único que pudo sacarlo de su duelo fue un olor pútrido que sintió de repente, supuso que los días sin usar jabón habían hecho que oliera a perro muerto.

Entonces, aun llorando se dirigió al baño, se metió rápidamente a la regadera, tomó el jabón y la esponja y se frotó un brazo. Sin la menor resistencia se desprendió un trozo de piel, dejando ver su carne sangrante. Gritó con horror pero nadie acudió a ayudarlo, había despedido a toda la

servidumbre desde que llevó a vivir a su casa a Carmelina; salió presuroso de la ducha y se vendó la herida que extrañamente no le dolía pero que le resultaba repugnante.

Al no poder bañarse, no pudo desaparecer el olor de su cuerpo, pensaba en cómo podía ser posible que su piel se cayera sin sentir dolor alguno; hasta ese momento no tomó en cuenta la promesa que le hizo a Carmelina, ni siquiera la recordaba. Así que viendo que había caído la noche, se recostó en su cama y durmió por primera vez desde que Carmelina murió. Temprano en la mañana, lo despertó un cosquilleo entre su dedo índice y medio, revisó si había alguna picadura y vio el pequeño agujero que le resultó extraño, lo tocó con su otra mano y enseguida se asomó un diminuto gusano blanco.

El horror que le causó la aparición le hizo recordar la promesa. Le pareció increíble y monstruoso pero lo vivía, maldijo a Carmelina aun amándola con todo su ser; se sintió engañado, traicionado, usado y burlado, se deprimió profundamente y no hizo nada por detener lo que le pasaría, se resignó y esperó; al fin y al cabo nada le dolía. En los días siguientes, su piel empezó a caerse, muchos gusanos más se movían, de todos lados le manaba pus y sangre negra, se le cayeron el pelo y las uñas, el olor era insoportable, aún después de haber perdido su nariz lo sentía. Ya podía ver varias de sus costillas. Asqueado y desesperado sólo deseaba que su cerebro se pudriera y dejara de ver algo tan grotesco.

Mientras tanto, ella se retorció en su tumba. Un cuerpo intacto que sentía mucho dolor.

TODO EL AMOR PARA MAMÁ

- Madre, voy a matarte.

Eso les digo a las mujeres que me recuerdan a mi asesinada madre cuando camino por las calles de mi desolación. Pero las muy malditas no se dejan matar, nunca responden lo que yo quiero oír; lo mismo que me dijo mi madre cuando murió.

- No me mates mijito, soy tu madre.

No son capaces de contestar algo así, siempre me gritan cosas como: loco, raro, demente, ridículo... Lo peor es que siempre dicen: - Yo no soy tu madre. ¿Es que ninguna se da cuenta que soy un asesino y que voy a matarlas?

He pensado que no me creen porque tengo cara de ángel, como me decía mi mamá; pero ya creceré y superaré el miedo de no matar a nadie si no es ella. Qué maravilloso fue ver salir mi propia sangre por muchas partes de su cuerpo. Primero, la golpeé en la cabeza para que se desmayara; seguramente se murió de una vez, pero no me importó. Después tomé todos los alfileres que ella guardaba en su delantal y no necesité un muñeco vudú. Usé toda su cara para dibujar puntos rojos.

Cuando me cansé de agujerearla, tomé las tijeras del mismo delantal y corté su piel por todos lados como si fuera un papel viejo; las heridas se abrían y yo metía mis dedos dentro para hacer un agujero, escondí piedras, tierra, insectos y comida en su cuerpo. Ya había practicado aquella

tortura de mi madre con una de las muñecas de mi hermana, pero las muñecas no tienen sangre ni una piel suave y fina que se abra deliciosamente con un corte suave.

Le había sacado los ojos a la muñeca, pero no sabía si sería buena idea hacer lo mismo con mi mamita; yo quería un buen recuerdo de aquello tan excitante, entonces busqué las pinzas en la caja de herramientas de mi padre y traté de extraer uno de sus dientes amarillentos, jalé, jalé y...

- ¡Mijito, despierta! ¿En qué piensas amor mío?
- ¡Mamá cállate! Tú estás muerta.
- Jajajajaja..., no seas tonto, siempre que terminamos de jugar te quedas como muerto y sales con tus cosas raras, pareces un demente. Mejor ve a jugar al parque mientras termino de limpiar, y pórtate bien porque ya la vecina me dijo que ve desde el balcón que les dices cosas a las mujeres y te insultan; mi niño esas son actitudes precoces. Vete y vuelves en una hora; mañana seguimos jugando.
- Sí, mamita.

Mañana mamá...mañana.

EL PAGO DE JESÚS

Mientras se desangraba por todos lados, Cristina recordaba cómo se había metido en aquel lío. La noche anterior se había arreglado como todos los fines de semana, había sacado del closet su traje de puta más sugestivo, consciente de ello. Sin hacer el mínimo caso a lo que le decía su madre, se fue dispuesta a encontrar uno o tal vez dos hombres que le quitaran su virginidad por enésima vez.

Llegó a un bar de prostitutas miserables y hombres desesperados, esperando calmar rápidamente la sed insoportable que le estaba incinerando el cuerpo por dentro. Sin perder el tiempo, observó a todos los hombres buscando a su víctima y como una pieza sobrante del rompecabezas miró a un joven que parecía salir de un cuento de hadas, era demasiado hermoso y muy inocente para atreverse a ir a ese lugar; aunque debió tener en cuenta ese pequeño detalle, no se detuvo a pensarlo.

Rápidamente, se acercó al rincón desde donde el joven miraba a todos tímidamente. Al llegar lo besó apresuradamente en la boca y le dijo sin preámbulo: -¿Nos vamos de aquí?-. El muchacho un tanto desconcertado, pero con satisfacción por dentro, le dijo: -Está bien, vamos a mi casa.

Apenas llegaron, se le lanzó al joven y comenzó a meter sus manos por donde no debía. Él sólo se dejaba. Tomó las manos del muchacho y las metió en su entrepierna, mientras él sonreía sintió que su estómago no soportaba aquello; así que la detuvo, la tomó por los hombros y le

preguntó: -¿Crees en Dios?-. Inmediatamente, ella respondió: - Si creyera en Dios no estaría aquí, sería como Magdalena y yo soy una descarada que no cobra.

El joven sólo la miró extrañado y le pidió que esperara un momento. Al regresar la agarró descuidada y la golpeó en la cabeza con tanta fuerza que la mujer no tuvo tiempo de ver con qué lo había hecho. Qué sorpresa se llevó Cristina cuando despertó y a sus pies había un charco de sangre que salía de sus manos, sus pies, su cabeza y muchos lugares más.

Gritaba como psicótica porque el muchacho hermoso e inocente la había clavado de manos y piernas a la pared. No se explicaba cómo no había podido sentir semejante dolor hasta que despertó; ahora estaba sola en ese cuarto enorme pensando en lo que había pasado. El joven reapareció, pero su rostro había cambiado, traía en sus manos una Biblia y un pedazo de metal caliente con el que marcó a Cristina en un costado. Empezó a leer un capítulo de la Biblia mientras ella agonizaba, al terminar le dijo: -No te preocupes, esto es sólo una manera de enseñarte que Dios está en todas partes; y aunque no cobres, Jesús mi señor te está pagando.

En su desesperación, Cristina soltó una de sus manos, que se desgarró por completo y aumentó el dolor que ya sentía; pero en su mente de puta sólo había algo, dejó de gritar soportando el dolor y le dijo al muchacho: -La próxima vez diré que sí creo en Dios. Él negó con la cabeza, tomó las tijeras y lo último fue el grito desgarrador de una puta sin costo.

NARCISISMO

Una mañana al entrar al baño y verme al espejo, como todos los días, descubrí lo mucho que me odio. Antes de ese día, me miraba con normalidad, sin pensar en lo imperfecto, en lo abominable y despreciable que puedo ser cuando me miro con detenimiento. Mi rostro está lleno de cráteres que son la herencia de un acné insoportable que logré acabar hace sólo un año. Tengo veinticuatro y parezco un viejo de treinta, mi nariz es un pedazo de carne, cartílago y hueso que sobresale sin gracia en mi cara, mi boca tiene un par de labios tan delgados que si hubiese nacido mujer tendría que dibujármelos por encima. Soy una película de terror en vivo.

Desde aquella mañana comencé a sentir repulsión hacia mí y eso incluía a todo aquel que se me pareciera. Me fue imposible seguir conviviendo en paz con mis padres y hermanos; veía sus rostros y eran las mismas aberraciones de mi rostro, repartidas en los suyos. Ellos no se sorprendían con mi actitud, creyeron que era otra de mis inocentes ideas de querer cambiar el mundo, de destruirlo, de ser político, de ser padre, de estudiar una carrera; siempre me decían lo mismo:

- Tú no puedes hacer eso, estás enfermo.

Esta vez ni siquiera tuvieron la delicadeza de preguntarme qué me sucedía, no les pesó el hecho de que los mirara con odio, que dejara de hablarles y que me enfureciera sólo con un roce de nuestras pieles. Creyeron que era una locura más, que pasarían unos días y volvería a la “normalidad”, sólo me miraban como el demente que vive en su hogar y que comparte sus mismos genes. Me enfurezco aún más cuando me tratan como un a enfermo mental. Yo no estoy

loco, odiarse a sí mismo no es una locura, es reconocer la imperfección fatal que abunda en mí. Debo acabar con todo lo que me recuerde a mí.

Empecé a armar mi plan, eran cuatro seres que no dejaban en paz mi existencia, debía sacarlos de mi vida, ya no los soportaba un segundo más; agradezco mucho que no me dejaran salir a la calle, porque de seguro hay muchas personas más que se parecen a mí y no puedo mancharme las manos con tanta gente, me convertiría en un criminal, cuatro es un número justo y razonable. Debía ir con calma, uno por uno, en el momento en que estuvieran en soledad dentro de la casa.

La primera sería mamá, ella se queda conmigo todo el día, desde temprano cada mañana cuando mi padre se va al trabajo y los ineptos de mis hermanos se van a estudiar; como si eso los hiciera ver menos estúpidos. No llegarán ni a barrenderos. Pensé en varias maneras de acabar con ella sin que nadie escuchara y sin dejar rastro; quise dejar la llave del gas abierta para quemarla pero la explosión atraería a los vecinos que nunca he visto. Imaginé la forma de acuchillarla por la espalda mientras hacía el almuerzo para los dos, pero la sangre no iba a ser difícil de limpiar, si la hacía rodar por las escaleras haría mucho ruido y nada me garantizaba que moriría al instante.

Entonces, llegó a mi mente el plan perfecto. Cuando termina de cocinar, siempre, mucho antes de la hora del almuerzo, mamá se da un baño para refrescar su cuerpo ensopado por el calor de la estufa, va al baño y llena la tina, le agrega jabón líquido aromático, se sumerge, se relaja y toma una siesta profunda. La vigilé toda la mañana sin que se diera cuenta. Ella suponía que yo estaba encerrado en la habitación jugando los videojuegos que ella llamaba inventos del demonio. Por fin terminó de hacerme esas sopas verdes y espesas que me daba todos los días, según ella para suplir las proteínas que no me daban las porquerías que mi papá me traía todas las noches.

Entonces entró al baño y se sumergió en sus aguas compuestas, en unos quince minutos ya estaba dormida.

Entré sigilosamente al baño, me arrodillé junto a ella, no percibió mi presencia. La tomé por el cuello y sumergí su cabeza en el agua espumosa, unos segundos bastaron para que abriera los ojos y comenzara a patear y a batallar conmigo, me apretaba las manos para que la dejara salir, yo sólo miraba las burbujas que producían sus imperceptibles gritos bajo del agua que olía maravillosamente bien. Mi madre me amaba, sabía que era muy fácil que se desasiera de mis manos con un solo empujón de sus piernas pero no lo hizo, tal vez en su agonía creyó que sólo estaba jugando como muchas veces sucedió; de seguro guardaba la esperanza de que la dejara salir. No sucedió así, sus movimientos de pescado se volvieron más y más suaves, hasta que dejó de moverse por completo, solté su cuello y su rostro se asomó por encima del agua, amoratado pero tranquilo; la dejé, no faltaban muchas horas para que llegaran mis hermanos y debía pensar muy rápido qué haría con ellos.

No pensé tanto, esperé sentado en la sala con la barra de metal que mi papá guardaba para los posibles ladrones, sería sencillo hacerlo. Cuando llegaban, nunca buscaban a mi madre, caminaban derecho por el pasillo y entraban a su respectiva habitación. Esperé un largo rato, de repente escuché moverse la chapa de la puerta principal, escondí rápidamente la barra debajo del sofá. El par de copias de engendro entraron el uno tras el otro, directo hacia sus santuarios. Volví a tomar la barra y me dirigí hacia la primera habitación. Qué mala costumbre tenían de no cerrar con seguro sus puertas. Abrí la puerta con el objeto escondido en mi espalda, al verme entrar, el idiota recostado en su cama, me miró y negó con la cabeza, seguro pensó que venía a invitarlo a jugar videojuegos; se colocó los audífonos del teléfono y me dio la espalda. Segundo error. Me

acerqué y certeramente le aplasté la cabeza con un solo golpe, sin darle tiempo a que emitiera ningún grito de dolor; ya no importaba la sangre. Ya buscaría la forma de limpiar.

Salí y me dirigí a la próxima habitación, entré y lo encontré recostado en la cama con los ojos cerrados, no estaba dormido y sé que sabía que yo estaba allí pero de seguro creyó que había entrado para tomar alguna de sus cosas; me acerqué y le aplasté la cara. Nuevamente no hubo tiempo de que gritara, ya no estaba allí esa cara que me producía náuseas, era un cráneo apaleado, deforme y pedazos de sesos en la almohada parecían moverse por el edredón blanco.

Faltaba poco para que papá llegara. Su muerte debía ser muy rápida, si lo dejaba inspeccionar la casa, se daría cuenta de los tres cadáveres. Papá entró. Esperé que cerrara la puerta, sin dejar que diera más de dos pasos corrí a abrazarlo y él me recibió con sus inmundos brazos abiertos, aproveché su embelesamiento y saqué de mi bolsillo el puñal que guardaba, atravesé su corazón, se desplomó, miré su rostro, aun así podía ver el horror en esa cara tan parecida a la mía.

Ya todo estaba hecho, ya no me importaba si tenía que limpiar; nadie se daría cuenta. Aparentemente no hay nadie en esta casa que me produzca asco, pero ¿por qué no me siento bien? ¿Por qué siento como si faltara algo por hacer? No estoy feliz. Eso es, soy yo, yo mismo me doy asco, ya había olvidado el comienzo de todo este arduo trabajo que me había propuesto hacer: lo que me daba más asco era mi propia cara. Sí ya maté a todos, me culparán por eso. Es mejor que también me vaya, en el infierno no voy a sentir náuseas, ellos irán al cielo. Seguro.

Voy al baño a mirarme por última vez... Qué equivocado he estado, soy la imagen viva de la perfección. Cualquiera que se parezca a mí debe ser muy afortunado, quizás por eso amo tanto a mi familia.

PERTURBADOS

Todos alguna vez nos hemos preguntado cómo será nuestra muerte, a algunos nos asusta ese momento, a otros no les importa, y a los más curiosos les obsesiona el tema, a tal punto de llegar a enloquecer. Esto fue lo que le ocurrió a mi patrón de toda la vida, el señor Laureano Alonso Franco Valbuena; o mi señor Lau, como mi madre me enseñó a llamarlo.

Mi madre me llevó a vivir a esa casa desde antes de tener conciencia, yo era su única hija, habíamos quedado solas desde que papá murió al estallarle una mina en medio de la selva. Mamá era muy joven e ignorante, nunca peleó por los derechos que tenía una mujer que enviudó por la guerra, y en este país tan injusto jamás se le dio una compensación. Así que, decidió buscar un trabajo para sobrevivir y mantenerme, esta búsqueda la llevó a conocer a los Franco, una familia de clase alta conformada por el señor Lau, su elegante esposa y sus tres hijos varones. Trabajó muy duro para ellos, al tiempo que me educaba, lo que la hizo una mujer muy dura; así me enseñó a ser, a diferencia de que yo nunca perdí el sentido del humor.

Al envejecer mi madre, aún seguíamos en la casa de los Franco, pero era yo quien se dedicaba a atenderlos, comandada por mi madre desde su silla de ruedas; todo lo que se necesitaba en esa inmensa mansión estaba a mi cargo, ya me había vuelto mayor también y nunca tuve la libertad para conseguir un marido. En la familia sólo quedaban el señor y la señora, los hijos ya se habían ido de casa con sus esposas, todos vivían en el extranjero, y sólo venían a ver a sus padres cada navidad. Para cuando mi madre murió, ya la señora había muerto hacía tiempo y me tocó quedarme sola con el viejo Laureano, acabado, casi senil y ahogándose en plata, aún sin trabajar hacía casi veinte años. Qué destino tan amargo el que me esperaba.

Mis días empezaron a ser más aburridos. Al menos cuando mamá vivía, sus constantes gritos y regaños me entretenían y me enfurecían al mismo tiempo, pero viviendo sola al lado del viejo, mis días se volvieron extenuantes y demenciales; de eso no podía salir nada bueno.

Los meses pasaban desde la muerte de mamá y cada día el señor se volvía más y más loco. Cada día en la casa empezaba con una nueva idea estúpida que había visto en sus sueños de la noche anterior. No tenía que ser muy lista para saber que el viejo se obsesionaba con saber cómo iba a morir. Un día despertó gritando sin control, cuando subí a ver qué sucedía me ordenó que cerrara la ventana porque había soñado que un francotirador lo asesinaría desde el árbol más alto del jardín; otro día caminó hacia el baño de su habitación y desde allí gritó mi nombre con terror, cuando llegué me exigió que no volviera a comprarle jabón de color azul porque había soñado que ese jabón le quemaría la piel hasta matarlo. Era insoportable.

Había pasado poco más de un año de haberme quedado sola con el viejo, y habiendo recibido sólo una visita de sus parientes, me sentía atrapada en esa casa de locos. Esa vida tortuosa acabaría por enloquecerme también; necesitaba que el viejo muriera para liberarme pero el muy maldito tenía casi noventa años y estaba más saludable que yo, lo único que lo aquejaba eran las ridículas alucinaciones diarias sobre su muerte. Así que decidí que lo ayudaría un poco a saber cómo moriría, después de todo nadie me culparía, ya estaba muy viejo, cualquier caída o hasta una simple comida echada a perder podría matarlo fácilmente; al menos eso creía yo.

Desde ese momento, cambié la rutina que llevábamos en casa y no esperaríamos que a cualquier hora del día comenzara a gritar sus tonterías sobre los accidentes caseros que podrían ocurrirle, esperé paciente al lado de su cama a que despertara, le di los buenos días y le pregunté qué había soñado, así podría tener una idea fresca para deshacerme de él y le ayudaría a despejar su eterna

duda. Me contó que había soñado que estaba dando su paseo diario por el jardín y había tropezado frente a la fuente y se había roto la cara en dos pedazos con el sólido mármol.

Bajé antes que él a jardín y enjaboné el piso de madera que rodeaba la fuente. Más tarde, el viejo bajó al jardín y cuando se acercaba a la fuente, examinó detenidamente el suelo a ver si había algo con lo que podía tropezar, se aseguró de que no hubiera peligro y se acercó para sentarse sobre la orilla, como hacía siempre; al poner la primera chancleta sobre la madera, su arrugado cuerpo resbaló y fue a parar dentro de la fuente, yo observaba desde lejos. Al ver lo ocurrido corrí a ver si había dado resultado y para mi desgracia lo encontré jugueteando con el agua y gritando:

- ¡Vencí a la muerte! ¡Vencí a la muerte!

Tras ver el fracaso de mi casi infalible primer intento, me llené de ira y decidí que no dejaría de insistir hasta que resultara. Estaba harta de tener que lidiar con ese viejo perturbado, me volvería igual de loca que él si no me liberaba rápido. Creo que para ese momento ya estaba bastante demente; no podía huir y dejarlo solo porque moriría de hambre, nadie me iba a dar trabajo.

Así pasaron muchos días, cada mañana le preguntaba qué había soñado, le tendía la trampa y de nuevo esquivaba la muerte. Lo hice rodar por las escaleras, traté de electrocutarlo en el baño, le envenené con cianuro la comida, le eché mercurio al jugo, le hice brujería; bueno, esa fue una idea tonta de él y mía. Les puse un poco de ácido a todos sus frascos de colonia, y muchas cosas que ya no recuerdo. Y lo único que conseguí tuviera fue una leve diarrea, vómitos, pequeñas quemaduras en la piel del tamaño de un alfiler que ni sintió, el meñique del pie derecho roto, y

muchos moretones insignificantes en todo el cuerpo. Él seguía feliz disfrutando de su vida invencible sin darse cuenta de que yo no me detendría hasta que muriera.

Ya había contado cincuenta y tres intentos fallidos y no podía detenerme, eso se había convertido en un juego obsesivo y adictivo para mí. Me encantaba ver al viejo accidentándose por toda la casa; tenderle las trampas casi a diario me hacía sentir muy bien. Cuando pasaban más de dos días sin que soñara nada, me sentía furiosa, y caía a propósito en todas las jugadas que le hacía, se divertía al verme sufrir por el fracaso.

Después de mi último intento: asfixiarlo con uvas, fui a verlo como todos los días antes que se levantara y lo encontré tieso, con los ojos saltados y la mandíbula caída. Lo moví para tratar de despertarlo y al comprobar que había muerto, debí sentirme realizada, feliz, liberada; pero estaba frustrada porque el desgraciado parecía haber muerto por un infarto y no por ninguno de mis intentos de asesinarlo, era una derrota humillante.

No podía decir ni hacer nada, llamé a su hijo mayor a Inglaterra y de inmediato todos con sus esposas e hijos llegaron al funeral de mi señor Lau. Comprobaron que había sido un infarto fulminante, tal vez debido a una gran impresión por una pesadilla o un mal sueño. Al escuchar eso, reí un poco dentro de mí. El día de la lectura del testamento me entregaron lo que el viejo me dejó: sus infinitas gracias por todos los años que desperdicié en su casa, aunque recibí mi liquidación por parte de sus hijos. Terminada la lectura del testamento, la esposa del hijo menor del señor se me acercó y me preguntó si me interesaría tener otro trabajo. Sabiendo que el dinero no me duraría para siempre, le respondí que sí y me explicó:

- Mi abuela tiene más de noventa años y mi madre, que es su única hija no puede hacerse cargo de ella, mi abuelo murió hace poco y necesitamos a alguien que viva con

ella en su casa para que la cuide. Está muy enferma y sabemos que si no la cuidamos podría morir pronto, queremos alargarle su vida un poco. Espero que puedas ayudarnos, si dices que sí, viajamos hoy mismo, ella vive en el interior del país. Sé que la amarás apenas la conozcas y la cuidarás tan bien como cuidaste al señor Laureano.

Acepté con mucho agrado la oferta, la pobre moriría pronto después de todo. Espero que me vaya muy bien, hoy es mi primer día, compraré uvas para la merienda.

RELATO DE UN ALMA

Mi madre quiere saber cómo morí, necesita saber a quién acusar, a quién culpar de la tortura a la que fui sometido, la verdad es que no sentí nada de dolor, sólo repugnancia. Estos días han sido de desesperación para ella, casi toda la noche se la pasa pensando, llorando, sufriendo en silencio; cada lágrima representa el deseo de venganza que carcome su alma, desea con todas sus fuerzas saber quién lo hizo para descargar su furia y su dolor de madre. Ella nunca lo sabrá.

A cada momento la observo, sigo todos sus movimientos dentro de la casa que sólo la alberga a ella, no sale nunca durante el día, es como un vampiro que le huye a la luz; entiendo que sufre la pérdida de su único hijo y que ha quedado sola en el mundo, pero temo que jamás va a poder calmar su agonía sino hasta el día en que muera y yo pueda contarle cómo sucedieron en realidad las cosas.

Aquella noche yo estaba solo en la casa porque ella había tenido uno de esos arranques nocturnos, salió dispuesta a pasar una noche de fiesta completa, tanto así que me dijo que no la esperara, que me acostara a dormir antes de que ella llegara, lo último que me dijo fue que no perdería la poca juventud que le quedaba, se despidió con un beso al aire y se fue contoneando sus caderas más pronunciadas a través del vestido rojo y brillante.

Cuando me cansé de ver una aburrida película en un monótono canal nacional, decidí irme a dormir, eran alrededor de las once de la noche; un poco pasadas quizás. Me levanté del sillón y me dirigí al baño antes de que mi vejiga explotara después de haber tomado más de una jarra de té helado; mi madre toma mucho alcohol, yo jamás lo hice, en veintiún años jamás supe a qué

saben el aguardiente, el ron, la cerveza, el whisky y mucho menos el vodka. Nunca quise que lo hiciera, ella no puede hacerlo, su condición no se lo permite, digamos que el alcohol le acelera la transformación. Sabía que mi madre no llegaría hasta el día siguiente pasada la mañana, con una cara de trasnocho reclamando su droga porque sentiría que si no la tomaba podría suceder de nuevo.

Entré al baño, saqué mi armamento y empecé a descargar, sentí como si diez litros de líquido hubieran abandonado mi cuerpo, sacudí, salpiqué como siempre, limpié, me lavé las manos, volteé hacia la puerta, miré extrañado a la figura que estaba parada allí, se acercó naturalmente y... morí. Sí, así de rápido, sé lo que pasó después pero ya no había vida en mí; cuando di la vuelta para salir del baño reconocí instantáneamente a la persona que estaba allí y como era conocida no hubo sorpresa en mí, sólo un sentimiento de extrañeza porque la expresión de su rostro se había vuelto distinta.

Se acercó ávidamente a mí y una bala atravesó mi frente, una lluvia de sesos coloreó de rojo y rosado la pared embaldosada de azules fuertes y claros, ahora yo miraba la escena que continuaba, como un espectador, ya no era un actor involuntario. Mi asesino sonrió, guardó el arma y sacó otra diferente de una bolsa, era un cuchillo curvo y desgastado con el que abrió mi abdomen, sacó todo lo que pudo, conocí mis intestinos, mi estómago, mi hígado, hasta el páncreas salió de mí; era como ver una clase de anatomía, sólo que esta vez había mucha sangre y yo no era un alumno sino un cadáver.

Con unas pinzas de mecánico de quinta, oxidadas y sucias, desprendió todas las uñas de mis dedos y las guardó en la misma siniestra bolsa donde ya estaban algunos de mis órganos, lo

mismo hizo con cada uno de mis dientes; encendió su cigarro y me quemó con él por todos lados, yo era como el dibujo de un niño practicando el puntillismo.

Cuando mi cuerpo quedó coloreado por las quemaduras, permanecieron sus ojos sobre mí por unos minutos, supongo que estaría pensando qué más hacerme, mi rostro ya estaba demolido, lo único que no había tocado era mi nariz, tal vez porque alguna vez en nuestras conversaciones ocasionales amistosas me dijo que tenía un perfil de rey, que mi nariz era perfecta. Estoy seguro de que no supo qué más hacerme, se desesperó porque sintió que no podía terminar de esta manera, debía cerrar su espectáculo con un final sorprendente.

De pronto, su cara se iluminó y dejó ver una expresión maquiavélica en él, cuánto hubiese querido detenerla pero ya no puedo entrar en el mundo de los vivos, aquí sólo hay una voz que me dice que la justicia llega a todos, que debo esperar y veré cómo mi muerte será cobrada. Sólo pude ver cómo bajó mis pantalones, rompió mi ropa interior y me castró, en realidad me cortó todo mi orgullo, lo puso en el suelo y lo cortó como el carnicero a un salchichón, lo hizo picadillo y fue tan grotesco ver cómo metió un pedazo en su boca, lo saboreó, lo masticó y lo escupió.

Completada su misión, tomó su maligno saco lleno de mí y se fue, ni siquiera se preocupó por limpiar nada ni limpiarse ella, sus manos estaban dentro de guantes que no dejarían huella y sabía muy bien que no descubrirían quién había montado la escenografía de tan escalofriante acto. Se fue igual como llegó, quise ver hacia dónde se dirigía, quería ver qué haría con todas las cosas que se robó de mí; pero no pude, no puedo salir de esta casa, el exterior está prohibido para mí, estoy condenado a vagar por siempre en el mismo lugar donde morí.

Mi madre volvió a la mañana siguiente y me buscó en el cuarto, en la cocina, en el patio; supuso que había salido temprano, se dirigió al baño a lavar su conciencia y vio a su único hijo

destazado como una res en el matadero. Su grito de horror se oyó en todo el barrio, lloró y gimió hasta que llegó la policía a ver la escena del crimen; comenzaron las investigaciones y sospechosamente nadie vio ni escuchó nada en toda la cuadra, esa noche sólo vieron entrar y salir a mi madre, el asesino no fue identificado por nadie.

Entonces, mi madre supo que no iban a hacer nada más por mí, todo quedaría sin resolver, nunca sabría quién le quitó la razón de su felicidad. Desde ese momento, anda como espectro por toda la casa, contemplando el baño lleno de veladoras y flores para mí; le agradezco mucho que lo haga pero me hace sufrir el tener que verla tan destrozada y apagada, toda su alegría se ha ido, deseo que vuelva a irse una noche a disfrutar la poca juventud que le queda.

Cada noche espero que ella se vaya de fiesta, no sólo porque quiero que esté contenta sino porque tal vez el alcohol la haga recordar.

HIJO DE TIGRE...

En la agonía que aproxima la muerte, la distinguida señora Adelaida Camargo viuda de Torresan, mandó llamar a sus dos hijas para expresarles su última voluntad. Aurora y Amelia entraron a la habitación, cerraron la puerta y se quedaron a solas con su madre, esta había padecido malestares desde hacía dos meses, náuseas, vómitos, diarrea, anemia, úlceras estomacales, hemorragias severas, y muchas otras cosas que la habían llevado poco a poco a la pronta muerte que le esperaba. No quiso ser atendida por médicos, su altivez y firme creencia en dios le hacían pensar que el momento de morir no debía posponerse, que dios ya la había llamado a su reino bendito.

Cuando sus hijas se sentaron a su lado, la mujer les pidió que la escucharan atentamente y que no dijeran nada hasta que terminara de decir todo, continuó hablando y les dijo:

- Hijas mías, durante toda mi vida de señora elegante y de buena posición, he sido admirada por mi belleza, mi dinero, mi familia, mi fe y mis grandes obras de caridad. Antes de morir, quiero redimirme con dios y con mi familia, por eso he decidido contarles toda la verdad a ustedes, mis únicas hijas, mis únicas herederas.

Hubo silencio entre ellas, Aurora y Amelia se miraron con un poco de miedo en sus rostros; la señora Adelaida tosió con mucha fuerza y Amelia le limpió la sangre que se escurrió por su mejilla. Recobró un poco la fuerza para hablar y prosiguió:

- No soy quien ustedes y toda la gente cree, he sido una maldita, una farisea, una traicionera, una mala madre y una asesina. Siiii... ustedes creen que fue mandado a

asesinar por el jefe de la compañía con la que competía. No, fui yo, yo mandé a que lo acribillaran y a que lo desmembraran y lo dejaran junto a nuestra puerta para hacerlos sufrir a todos ustedes; su abuela casi muere de un infarto aquel día. Cómo me hubiese gustado que sucediera ese día haber tenido que ahorrarme el tener que mandar a que intentaran saltarla y violarla para que muriera de un ataque al corazón...

Se detuvo un momento para toser nuevamente, y otra vez su hija limpió la sangre que escurría su boca, se quejó por los dolores punzantes que le provocaba ese esfuerzo en su estómago maltrecho y cerrado, respiró muy hondo y continuó:

- Mis amores, cada miércoles por la tarde cuando salía a repartirles comida a los indigentes, aprovechaba para darles comida echada a perder, jamás se quejaron porque para esos infelices cualquier cosa es comida. Seguro más de uno murió intoxicado. Los sábados en la noche, cuando salía a verme con mis amigas, me despedía temprano de ellas y me iba a un bar para mujeres y contrataba los servicios de algún muchacho bien dotado que me hiciera lo que el enclenque de su padre nunca pudo. Era increíble lo mucho que disfrutaba, aún me excito sólo con recordar.

Y así, hijas mías, muchas otras cosas hice, y aún planeaba hacer muchas más, no esperaba que esta maldita enfermedad me atacara, ni siquiera sé lo que tengo. Hace poco empecé a hartarme de ustedes, par de jovencitas radiantes que opacaron mi belleza ante la sociedad. Lo único que lamento es no tener el tiempo ni las fuerzas para destrozales sus rostros y quemar sus bellos cuerpecitos. Por eso, mi último deseo es que se mueran, malditas aberraciones que salieron de mi vientre.

La señora Adelaida guardó silencio, sus hijas supieron que era el momento de responderle, ellas no habían hecho ningún gesto de terror, no habían siquiera soltado un suspiro, permanecieron impávidas mientras su madre confesaba los horrores de su vida. Se miraron la una a la otra, como diciéndose algo con la mirada, entonces Aurora se acercó un poco a la cara de su madre y le dijo:

- Tranquila querida madre, te perdonamos aunque no lo hayas pedido. Puedes morir en paz, ha sido un placer habernos desecho de ti.